



SE PUBLICA CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

AÑO XVII
Núm. 97

Dirección y Administración
CIUDADELA (Menorca).—Obispo Vila, 24

AGOSTO
1928

A la Santísima Virgen de Monte - Toro

MADRE! cabe tu regazo, como ofrenda a nuestros muertos en Marruecos como prueba de fé en Ti, se alza el recuerdo eterno que les dedicamos. Cuantos pasen y crean, murmurarán a sus piés una plegaria a su memoria y cuando penetren en la morada que la piedad de Menorca, felizmente encauzada por el venerable Pastor, que aún hoy privado de la vista prosigue la obra de sus amores, que lentamente se restaura, testigo mudo de la menorquina fé, también irán ¡oh Madre! a Ti, sus rezos, para que por tu celestial mediación, descansen nuestros muertos en brazos del Señor. Quienes

en las borrascas de la vida, perdieron aquel sentimiento que es consuelo y esperanza de nuestras almas, ¿quién sabe si al caer de la tarde, en el silencio augusto de las horas crepusculares, contemplando la inmensidad que de allí se divisa y comparándola con su pequeñez, sentirán revivir en su corazón dormidos sentimientos y comprenderán la inmortalidad que vive más que nuestras obras, la infinita grandeza de los mundos y la inmensidad de quien los creara? Abreles, ¡Madre adorada! los ojos del espíritu, que quien a tus lares sube y serenamente te contempla, recibe efluvios de tu amor; haz que pasen por aquella altura, cual las pasadas por nosotros, horas imborrables de dulce consuelo, viendo desfilas al pobre pecador que en las de angustia ofreció subir a paso de camino, los piés descalzos,

la vista en lo alto; aquella enferma que salvada la vida desde Beniparrell, (diez horas de camino) vino a postrarse y dar gracias por tu mediación; la madre desolada que desde mas allá de Ferrerías con su hijo de la mano a pasos menuditos, descalzos los dos, en los albores de un amanecer todo luz, ganaba la altura, consolada, satisfecha y agradecida por la vida salvada. La viuda de negras tocas que dejó su casa sin pan para pedirte y alientos para ganarlo, con el grupo de huerfanitos que la acompañaban. ¡Madre! cuántos cuadros podríamos repetir de tantas y tantas veces que a Ti fueron en busca de terrenal consuelo y de espiritual promesa, como vimos desfilar a diario.

Y en los días del batallar constante, cuando el desmayo nos invadía temiendo ver naufragar nuestra obra, ¡dulce consuelo mio! como confortaste mi espíritu, cuando solo y postrado, te pedía auxilio en la tarea emprendida y felizmente terminada. ¡No nos abandones Madre!, mis la-

bios musitaban, protégenos, ayúdanos y permite lleguemos al fin.

Y terminada está, sobre ella rugirán los vendavales del invierno, caerá la lluvia y el cierzo, brillará el sol y las luminarias de los astros en la noche callada y silenciosa. Pasarán sobre ella, rosados amaneceres, rugidos de tormenta cruzarán los espacios, conmoviendo estos sus cimientos, nimbándola aquellos con su luz. Cantarán los pájaros, rezarán los hombres, surgirán las silvestres flores en los días primaverales y todo entonará un himno, hermoso canto de gratitud y amor de su pueblo, que a tus piés alzó la obra de terrenal recuerdo, a los que supieron donarse, para bien de los que quedamos.

¡No les olvides Madre! préstales amparo; piadosa, intercede por ellos, que conmigo lo piden cuantos les amaron en la tierra y esperan su última hora para reunirse a ellos en los alcázares del Padre Celestial.

J. V. V.

8-7-1928.



La Asunción de María a los Cielos

ESTE mes está dedicado por la Iglesia al Tránsito glorioso de la que ha mirado durante todos los siglos como a su celestial bienhechora.

Terminada su carrera mortal, la Santísima Virgen rindió su alma al Criador, y recibió en los cielos la plenitud de la bienaven-

turanza y de la gloria. Fiel cumplidora de los designios del Altísimo, la Trinidad augusta galar donó sus sacrificios, proclamándola Soberana de los Angeles, de los hombres y de todo lo creado. Hija predilecta del Padre, Madre solícita del Hijo, Esposa amada del Espíritu Santo, ocupa en el empíreo el trono más inmediato al de la Divinidad.

Es tradición universal, admitida por la Iglesia, que el cuerpo virginal de María, de quien tomó carne el Verbo Divino, no estuvo sujeto a la corrupción, y fué trasladado al cielo por mano de ángeles y enriquecido con las dotes de los cuerpos gloriosos de impasibilidad, sutileza, agilidad y claridad, aventajando a todos

los demás cuerpos de los bienaventurados.

¡Qué la gloria de la que veneramos como a Madre cariñosa nos sirva de estímulo para correr en pos de sus heróicas virtudes y para estar algún día lo más cerca posible de Ella, en la mansión de los santos!

X.



ANGELUS

¡Ave María! El céfiro transporta el eco del saludo humilde y santo. El hombre altivo la cerviz inclina, y el de ánimo sencillo, pobre o manso, descubre la cabeza, y uno y otro un momento en la marcha hacen un alto. Corre entre cielo y tierra, lento y suave, de flautas cristalinas tierno canto. ¿Será el rumor del vuelo de las almas

al cruzar el misterio del espacio? Se olvidan de la vida las miserias e invade el corazón un tierno encanto, y anhelos de suspiros muy profundos, y ganas de un llorar dulce y callado. Se esfuma en el azul del firmamento el fulgor sonriente del ocaso.

Las crestas onduladas de los montes, semejantes a ingentes campanarios, — *Ave María* — claman lentamente y la noche despliega el negro manto.



Noticias de Monte - Toro

NOMAMOS del «Boletín Oficial Eclesiástico»:

«El día 6 Julio último fué colocada en el Camarín del Santuario de Nuestra Señora de Monte Toro, una muy hermosa lápida, impuesta por nuestro Excmo. y Rdmo. Prelado, conmemorativa de la visita de Su Majestad el Rey, el pasado año, al devoto Santuario.

Lleva esta lápida, orlada en relieve y en letras también en relieve, la siguiente delicadísima

inscripción: «Nuestro magnánimo Soberano, el Rey Don Alfonso XIII, de quien el mundo proclama las Regias cualidades y las cristianas virtudes, en la tarde del día 12 del mes de Noviembre del año 1927, visitó este devotísimo Santuario de Nuestra Señora de Monte Toro y oró ante la veneranda Imágen de la Virgen en este su rico Camarín. Quiera la Santísima Virgen devolverle la visita, el día de su tránsito.»

La obra escultórica, en mármol blanco, trabajo del acreditado tallista don Antonio Tuduri

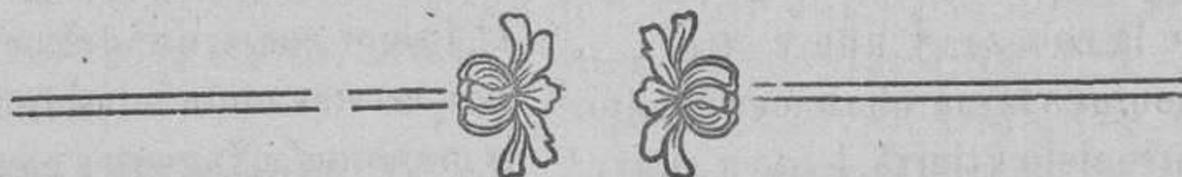
Moll, es de mucho mérito y ayuda a realzar el mérito de la dedicatoria.

La lápida ha sido colocada en la cara lateral interior de la pilastra de mano izquierda de las dos que sostienen el arco del templete, a la altura de unos 15 centímetros sobre el cornizamiento del zócalo de mármol que rodea el camarín y el templete, y tiene la altura de un metro y un ancho de 70 centímetros.

Era muy justa y muy debida esta doble manifestación de homenaje al amado Monarca y de recuerdo de su noble y cristiano rasgo de visitar la santa Montaña. Nuestro amadísimo Prelado

ha sabido sensibilizar muy delicadamente este doble sentimiento de homenaje y de recuerdo, y por ello nos permitimos dirigirle respetuosa felicitación.

Otra novedad hay que notar en Monte Toro, el escudo de nuestro muy amado Sr. Obispo, obra del arquitecto señor Maurín, que ha sido colocado sobre la puerta de entrada del patio del Santuario y que recordará a las generaciones venideras el nombre del celoso Prelado restaurador del devoto Camarín y que tanto ha hecho durante su largo y glorioso pontificado para acrecentar el culto y la devoción a Nuestra Señora de Monte Toro.»



La Solterona

es el título de una novela interesantísima de Pierre l' Emite que acaba de publicar la casa editorial Herder & Cía., Friburgo de Brisgovia (Alemania), y está de venta en Barcelona, Balmes, 30, pral., sucursal de la Casa Editora. Para dar a los lectores una idea de su contenido atrayente copiamos aquí un capítulo:

Aquella noche tenía Genoveva mucha prisa por encontrarse sola en su cuarto.

La comida en casa de la abuela le pareció terriblemente larga.

Afortunadamente, Colasina estuvo tan animada que con su animación evitó que se hicieran notar las que no lo estaban.

Genoveva estaba persuadida de que la carta del cura se había de tomar en el sentido en que momentos antes la había tomado Colasina.

Según esto, encontrábase en la encrucijada.... Es una de esas horas de las que en la vida humana suenan una o dos, tres o cuatro a lo sumo... horas cuya decisión resuena hasta en la eternidad.

Sentada en un rinconcito bretón de su cuarto de soltera, consideraba ya aquel aposento con otros ojos.

¡Cuántos recuerdos encerrados allí como flores en un jardín! Unos, cosas insignificantes, frivolidades agradables, sonrisas rápidas de la vida.... Otros, muy queridos; pero

todos muy jóvenes, muy puros y en los que se condensa dulcemente toda una juventud. También estas cosas parecían interrogarle con ojos claros, unos azules, otros dorados, diciéndole: ¿Conque es verdad que vas a volver tu página de soltera, de despreocupación y alegría?... ¿Vas a dejar este hotelito en que naciste y creciste y tantas veces has soñado en el día de hoy?... ¿Vas a dejar a tu mamá, que venía a arreglarte el lecho y darte el beso de cada noche?...

¡Vas a dar el «sí» y a casarte después! Y estas dos palabras relumbra ya en tu alma más que nosotras.

¡Oh!... te comprendemos: no te censuramos, porque eso es la vida y nadie tiene derecho a detenerla.

Y Dios te empuja a ello con todo el atractivo del amor humano y con su orden imperativa, divina: *La mujer dejará a su padre y a su madre por seguir a su marido.*

Y tú vas a tener un marido. Vas a ser «mujer».

¡Qué bello es el matrimonio, Genoveva, la primera vez que se levanta sobre el horizonte de un pensamiento de soltera!... Poner la mano en la de un hombre y pensar que te ha escogido entre todas, no para ser el humillante capricho de un día, sino para ser su compañera de corazón, de inteligencia y de fe... por toda la vida. Y oírle decir: «Tú eres la joven soñada

desde mi infancia; la que he amado antes de verla, porque la conocía... porque la he conocido siempre. Puesto que yo soy la fuerza, ¿quieres tú ser la gracia y que en las noches de los días penosos, yo pueda tener tus palabras, tus ojos y tu corazón para aliviarme?» Sí, bella Genoveva, dulce amiga nuestra, ¡qué poético es el matrimonio visto así, de lejos, a través del espejismo providencial en que Dios ha envuelto la mayor parte de las grandes decisiones que los humanos tienen que tomar en este mundo!...

Tiene la frescura de las mañanas, el suave perfume de las primeras rosas.... Y no es una ilusión.... El matrimonio es, al principio, eso mismo. No obstante, visto de más cerca, es ya un sacrificio y un desprendimiento de todo lo amado hasta entonces. Tú, Genoveva, albergas en tu alma estos dos sentimientos opuestos. Y nosotras mismas te decimos: ya no somos bastante para tí, no te satisfacemos; hemos representado nuestro papel; ha pasado nuestro tiempo; nuestra página ha sido leída y en ella queda el reflejo de tus ojos azules y el vuelo de tus ensueños de niña.

Esta página quedará unida a tu libro. Vuélvela. Estamos seguras de que jamás será olvidada. Ahora abre tus alas y véte hacia el que te llama, hacia el que te quiere. Tu nos llevarás contigo como un pa-

lación. Unos días te pareceremos cosas pequeñas y lejanas; otros, te haremos, quizá, subir las lágrimas a los ojos.

Pero hay que ir hacia lo futuro. La vida es una fórmula que debe desarrollarse siempre. El niño no ha nacido para ser solamente niño, ni la flor para ser flor. Sin renegar de nosotras, debe olvidarnos. Y nosotras nos borramos ante el amado, ante el que no conocemos; pero que debe ser muy bueno, puesto que tú le amas ya de todo corazón.... Tú misma le dijiste el otro día a tu madre, y con que acento, hablando de él: «¡Oh!... ¡estoy tan segura!...»

— — — — —
Acurrucada en el rinconcito bretón, Genoveva escuchaba todas aquellas voces que servían de preludio a la gran voz. Y dejaba que

su pensamiento y su corazón se meciera al rumor rítmico de aquellas melodías de las cosas. Sentía como si abriese las alas, y las extendía; tenía la impresión de que su ser se abría como se abre un pimpollo cuando lo envuelve el sol de la mañana, lo penetra y le hace vibrar.

— — — — —
De una manera más precisa pensó en el nido. Pensó que un día iría a hacerlo con él, bendecida por su madre y por los suyos que habían franqueado la gran frontera, contentos de ver continuar su raza, guardada sobre todo por Dios, que dijo: «No es bueno que el hombre esté solo»; por aquel ser vertiginoso que, antes de ser el Todopoderoso, quiso ser el amor, todo el amor.

X.



no de Sona, su propio patrono.

El hecho de haber nombrado a este santo en aquella ocasión, revela que en el primer momento de ocurrírsele al gremio la idea de construir dicho templo, ya tuvo en cuenta la conveniencia propia de trasladar, en su día, a éste, los cultos solemnes que desde remota fecha venía celebrando al mismo patrono en la iglesia conventual de San Francisco, en la cual ya tenía establecida su cofradía de San Bernardino de Sena antes de acaecer la invasión turca de 1558, y no tardó mucho, después de dicha invasión, en restablecerla en la misma iglesia, en donde invertía una parte de los ingresos de la misma en honrar a dicho patrono con completas en su vigilia, oficio y sermón en su fiesta (20 de mayo), proveer su capilla y cuidarla, y encender su lámpara los sábados, domingos y fiestas, y la restante, en la celebración de sufragios por los cardadores difuntos, entre ellos, una misa de *Requiem* en la citada vigilia, dando al convento el estipendio de 2 libras (6 ptas. 66 cénts.), por las completas, oficio, sermón y misa de *Requiem* expresados (1).

El primero de los tres altares indicados que se instaló en la iglesia del Santo Cristo fué el mayor, como medio de poder trasladar a él la veneranda ima-

gen, que permanecía en la iglesia de San Onofre. En 25 de mayo de 1686 era todavía el único altar que había (1); hecho éste que no extrañará quién pare atención en la serie de objetos complementarios, no menos indispensables para el culto que el mismo altar, y de ellos, varios costosos, que la Obrería había tenido que procurarse en los diecinueve años que sólo habían transcurrido desde la conclusión del edificio.

El segundo altar que hubo fué el de Ntra. Sra. de la Soledad, que se colocó en la capilla de la izquierda del crucero, con anterioridad al 26 de octubre de 1695 (2). Aun hay una imagen de la misma invocación en dicha capilla, pero ni ella, ni el altar actual, en que se venera, son los primitivos, como se verá más adelante.

De fecha posterior a la susodicha era el altar de San Bernardino de Sena, que había en la capilla de la derecha del crucero. No encuentro noticias de su existencia hasta el 1.º de mayo de 1717; pero el haber acordado el gremio en 1705, y en los años siguientes, que la fiesta de dicho santo se celebrase en la iglesia del Santo Cristo, me induce a creer que entonces ya estaría colocado el altar de referencia, y que el gremio habría trasladado a él su cofradía antedicha del mismo santo, que

(1) Archivo municipal, *Libre primer de determinations* (1558 1573), fol. 321; y Lic. D. Pedro Moll Camps, Canónigo Magistral, Manuscritos históricos referentes al Convento de San Francisco.

(1) Actas de visita del Obispo de Mallorca. D. Pedro de Alagón (Archivo de los Rdos. Beneficiados).

(2) Actas cits. de visita de D. Pedro de Alagón, Obispo de Mallorca.

tenía establecida en la iglesia conventual de San Francisco. Los cultos con que el gremio honraba a su patrono San Bernardino, en la iglesia del Santo Cristo, por aquellos años, con-

sistían en completas y misa mayor con sermón, viniendo a ser éstos una continuación exacta de los que antes hacía celebrar en su honor en dicha iglesia de San Francisco.

Otros objetos primitivos para el servicio del culto.

Los inventarios que integran las citadas actas de visita del Obispo de Mallorca, D. Pedro de Alagón, de 1686 y 1695, acreditan que la iglesia no tardó en estar abundantemente provista de casi todo lo necesario para la celebración del culto.

En 1686, cuando no hacía más que diecinueve años que dicha iglesia había quedado terminada, y el altar del Santo Cristo era todavía el único que existía, ya había en ella tres campanas (como desde entonces viene sucediendo constantemente), de ellas, una *grande* en el campanario, otra pequeña (o esquilón) en la sacristía, y la otra de mano. Figuraban entre los ornamentos sagrados, una capa morada (con estola) de damasco, que a mediados del siglo pasado

aun existía, y una casulla verde de terciopelo, que todavía se conserva en buen estado. Había también, en dicha fecha, tres lámparas de plata, de ellas, una grande, y las otras casi medianas; seis candeleros, del mismo metal, donativo o legado de D. Gaspar Saura Morell, Doncel, y un juego de vinageras, de igual metal; valiosos objetos que denotan la devoción que en aquel tiempo ya se profesaba al santísimo Titular, cuya veneranda imagen aun era la única a la sazón. En 1758 había, además, un ojo de plata, exvoto al Santo Cristo; y de los trozos del referido juego de vinageras, se hizo, en dicho año 1758, un crucifijo de plata, *de valúa de 6 pesas de 8 mans*, con adornos de oro.

Solar y fábrica de la Sacristía.

Nueve años después de haber sido edificada la iglesia, los Obreros del Santo Cristo, Francisco Calafell y Pedro Sureda, previamente autorizados por el Muy Mag.^{co} y Rdo. Dr. Sebastián Riera, Pavorde y Vicario General, adquirieron, para construir en su sitio la sacristía actual, una parcela de patio y una cocina, pertenecientes a una casa situada en la calle de

Santa Magdalena (hoy calle del Santo Cristo), y lindantes con la misma casa, con dicha calle, y con la iglesia del Santo Cristo. Su propietaria Isabel Pons Delgado, esposa de Bartolomé Delgado, las poseía como heredera de su padre el Mag.^{co} Martín Pons, y las cedió a la Obrería en 12 de mayo de 1676, mediante el establecimiento, sobre ellas, de un censo de 2 li-